
Herbert Hoover y el sueño estadounidense en la década de los veinte: fundamentos teóricos de una visión internacional fincada en un modelo de economía liberal

David J. Sarquis*

Resumen

En el artículo se analiza la ideología liberal e individualista de Herbert Hoover, así como sus profundas raíces en su contemporáneo privado como empresario y político. Después de destacar la experiencia de Hoover en asuntos internacionales, así como su particular visión de la crisis de 1929, el autor destaca que el pensador Hoover no defendió la exportación a todo el mundo de los principios sobre los que se ha basado la sociedad estadounidense, haciendo de la dinámica del mercado de la libre empresa el modelo para lograr el bienestar material y, en consecuencia, traer el progreso al resto del ser humano.

Abstract

This article analyzes Herbert Hoover's liberal and individualist ideology, which led to a profound faith in his contemporaries as well as in his public life. After emphasizing Hoover's private life as an entrepreneur and politician, as well as his particular vision of the 1929 crisis, the author stresses that Hoover's ideology was not the exportation to the rest of the world of the principles on which the United States has been based, but rather the dynamic of the free enterprise market as the model for achieving material well-being and, consequently, bringing the progress of the human race.

Artículos

La filosofía sobre la humanidad ha sido una lucha entre el honor y la necesidad. En ningún momento el sistema americano ha logrado un triunfo en esta eterna lucha, produciendo a partir

Herbert Hoover

cual contemporánea sobre Estados Unidos internacionales reconoce alados experimentación el pensamiento americano.

No fue constructor de grandes teorías (su formación pragmática y su mentalidad ingenieril lo orientaron en dirección diametralmente opuesta a la "especulación" filosófica, incluso en el sentido más benigno del término) y resultaría sorprendente de él el encontrar en su obra huellas de alguna concepción filosófica que permitiera una interpretación coherente de sus gestiones como nacional e internacional de la crisis y el New Deal. No cabe duda de que J. M. W. [?] y de Hoover and Progress in International Relations de Hoover & [?]

¿Quién fue Herbert Hoover?

El nombre del inglés, primer presidente de Estados Unidos de Norteamérica no figura en la lista de los grandes teóricos del pensamiento internacional. Ninguna posición lo ha convertido en el "padre" intelectual de generaciones posteriores y ninguna es-

* Maestro en Relaciones Internacionales por la Universidad de Michigan y en Administración de Empresas por la Universidad de California. Fue profesor de la Universidad de California y de la Universidad de Michigan. Fue miembro del personal de la Universidad de California y de la Universidad de Michigan. Fue miembro del personal de la Universidad de California y de la Universidad de Michigan. Fue miembro del personal de la Universidad de California y de la Universidad de Michigan.

Herbert Hoover y el sueño estadounidense en la década de los veinte: fundamentos teóricos de una visión internacional fincada en un modelo de economía liberal

David J. Sarquís*

Resumen

En el artículo se analiza la ideología liberal e individualista de Herbert Hoover, misma que imprimió una profunda huella en su comportamiento privado como en su ejercicio público. Después de destacar la experiencia de Hoover en asuntos internacionales, así como su particular visión de la crisis de 1929, el autor destaca que el pensamiento hooveriano defendió la exportación a todo el mundo de los principios sobre los que se ha edificado la sociedad estadounidense, haciendo de la dinámica del mercado de la libre empresa el medio para lograr abundancia material y, en consecuencia, frenar el impulso belicoso del ser humano.

Abstract

The article analyses Herbert Hoover's liberal and individualistic ideology, which left a profound mark on his private as well as on his public life. After emphasizing Hoover's experience in international affairs, as well as his particular vision of the 1929 crisis, the author stresses the fact that Hoover's ideology defended the exportation of the basic principles on which the United States was built; making market dynamics of free enterprise the means to reach material abundance and consequently restraining the belligerent nature of human beings.

La historia entera de la humanidad ha sido una lucha contra el hambre y la necesidad. En menos de medio siglo el sistema americano ha logrado un triunfo en esta incesante lucha produciendo a plenitud.

Herbert Hoover

¿Quién fue Herbert Hoover?

El nombre del trigésimo primer presidente de Estados Unidos de Norteamérica no figura en la lista de los grandes teóricos del pensamiento internacional. Ninguna proclama lo ha convertido en el "padre" intelectual de generaciones posteriores y ninguna es-

* Maestro en Relaciones Internacionales por la UNAM y en Metodología de las Ciencias por el Instituto Politécnico Nacional. Ha colaborado en el suplemento "México Internacional" del periódico *La Jornada* y en la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. Actualmente es coordinador de idiomas y profesor de asignatura adscrito a la Coordinación de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

cuela contemporánea sobre Relaciones Internacionales reconoce adeudos explícitos con el pensamiento hooveriano.

No fue constructor de grandes teorías (su formación pragmática y su mentalidad ingenieril lo orientaban en dirección diametralmente opuesta a la "especulación" filosófica, incluso en el sentido más benigno del término) y resultaría francamente difícil encontrar en su obra huella de alguna concepción sistemática que permitiera una interpretación esquematizada del acontecer internacional a la manera de la célebre *Politics among Nations* de Hans J. Morgenthau, o de *System and Process in International Relations* de Morton Kaplan.

Desde este punto de vista, la omisión de su nombre de la lista de los *Masters of International Thought* que presenta Kenneth W. Thompson¹ parece estar plenamente justificada. Y sin embargo, cuando analizamos la gama de supuestos sobre los que se erige la conducción que hizo Herbert Hoover de la política exterior de su país durante su periodo presidencial entre 1928 y 1932, nos encontramos con una serie de convicciones que, sin lugar a dudas, nos ayudan a comprender mejor en su conjunto al paradigma del credo individualista, pragmático y liberal en el que se basa la tendencia, tan en boga durante esta última década del siglo XX, de promover la libre empresa y el libre mercado como cimientos del sistema económico mundial y, con ello, a configurar las características distintivas de la sociedad internacional contemporánea.

A raíz de esto, no sólo se vuelve relevante, sino virtualmente indispensable responder a la cuestión de por qué estudiar a este singular personaje desde la perspectiva de su impacto o su contribución al pensamiento teórico sobre Relaciones Internacionales.

Un primer intento de respuesta podría enfocarse sobre la parte biográfica de su vida. Sin duda alguna, Hoover fue en su época una de las figuras más prominentes y de mayor renombre a nivel mundial. No resultaría exagerado afirmar que, en gran medida, fue su prestigio personal la llave que le abrió las puertas de la Casa Blanca en 1928, cuando derrotó contundentemente al demócrata Al Smith (quien luego fuera padrino político de Franklin D. Roosevelt), a pesar de que incluso hacia principios de la década de los años veinte, Hoover aún no había manifestado abiertamente una simpatía determinante en favor de cualquiera de los partidos políticos contendientes, y todavía para 1928 sus puntos de vista progresistas e independientes eran vistos con cierta cautela por el ala conservadora del Partido Republicano, que finalmente lo postuló a la presidencia.

Sin embargo, no debemos justificar el estudio de Hoover en el plano de la teoría de las Relaciones Internacionales meramente sobre la base de su merecido prestigio personal, ni de su duramente ganada fama. En tal caso, la lista de candidatos a considerar para este tipo de estudios tendría que ampliarse para incluir a personalidades como Karol Wojtyla o Michael Jackson.

Tampoco podemos justificar una respuesta basada en su calidad de "actor" del escenario internacional, incluso si aceptásemos la cuestionable hipótesis (ya manejada

por algunos otros autores) de que algunos destacados y prominentes individuos merecen efectivamente ser considerados como actores de las relaciones internacionales. En el caso que nos ocupa, no en balde consideraba *lord* Keynes que Hoover había sido "el único que salió con una reputación engrandecida de la Conferencia de Paz de París (y que) si su pensamiento hubiese prevalecido, y su decencia fuese universal, quizá se hubiese logrado una paz duradera".²

Lamentablemente, bajo este criterio (actor influyente del escenario internacional) tendríamos que incluir en el mismo plano del análisis teórico a personajes como Adolfo Hitler o Benito Mussolini y, si nuestra investigación fuese de una proyección histórica más larga, también a Atila el Huno; personajes, todos ellos, sin duda célebres e influyentes en el escenario internacional, aunque no por ello aportadores al desarrollo de las perspectivas teóricas.

Ante el riesgo de volver interminable la lista de supuestos contribuyentes al pensamiento teórico en nuestra disciplina, conviene elegir una fórmula más selectiva para determinar qué personalidades resulta prudente incluir en este plano.

Afortunadamente, para asistirnos en esta labor, el propio Hoover escribió un puñado de obras³ en las cuales, efectivamente, plasma una serie de supuestos básicos, que además de reflejar su propia visión de las cosas, sirvieron como guía de acción durante su vida como funcionario público y forjaron sus convicciones como individuo, a la vez que como actor internacional.

No es el hecho de que estos principios plasmados en la obra de Hoover constituyan una aportación original o novedosa, reclamo que él mismo nunca hizo. Lo que sí podemos afirmar, y que de hecho vamos a intentar demostrar es que, a través de esa obra, Hoover da expresión a una serie de supuestos básicos sobre los cuales se ha inspirado un objetivo de política exterior que ha persistido en la historia de Estados Unidos, incluso desde una época anterior a la del propio Hoover y que, de alguna manera, se mantiene hasta nuestros días. Dicho objetivo consiste en coadyuvar a configurar al planeta

² Citado por Richard Hofstadter, *La tradición política norteamericana y los hombres que la forjaron*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 271.

³ De la obra de Hoover hemos seleccionado tres textos como base para el desarrollo del presente ensayo: *American Individualism* de 1922, *The Challenge to Liberty* de 1934 y *The Ordeal of Woodrow Wilson* de 1958, todas ellas publicadas por la McGraw Hill Book Company Inc. Para mayores referencias también puede consultarse *The Memoirs of Herbert Hoover* (3 vols.) de 1957.

¹ Kenneth W. Thompson, *Masters of International Thought*, Louisiana State University Press, 1980.

como un mosaico de Estados-nación políticamente regidos por los principios rectores de la democracia bipartidista, representativa y liberal, al mismo tiempo que, desde el punto de vista económico, indisolublemente vinculados por los lazos de las fuerzas libres del mercado como garantes del flujo abierto de capitales y el tránsito de mercancías, amparados jurídicamente por la llamada legalidad burguesa a la que busca darse validez universal. He aquí, pues, la importancia de considerar al ingeniero Herbert Hoover en la dimensión del estudio teórico de las Relaciones Internacionales; óptica desde la cual, normalmente, no ha sido contemplado.⁴

Antecedentes⁵

Oriundo de la región del medio oeste de Estados Unidos, cuando apenas estaba por iniciarse el último cuarto del siglo pasado (nació en West Branch, Iowa en 1874), Hoover tuvo una infancia tan sobria como las exigencias de su propio origen cuáquero harían esperar. Huérfano desde antes de terminar su infancia, a los escasos seis años de edad quedó al cuidado de un hermano de su padre, quien aparentemente no pudo hacer mucho por él. Cuatro años más tarde moría también su madre, y apenas dos años después de la tragedia de haber perdido a sus padres, cuando apenas iba a cumplir los 10, se mudó al estado de Oregon con un tío por línea materna. Todavía no cumplía los 15 cuando ya trabajaba con su tío cerca de la ciudad de Salem en una oficina dedicada a la regularización de la propiedad y tenencia de la tierra. Adicionalmente, quizá perfilando ya sus propios intereses vocacionales, el muchacho reparaba viejas má-

⁴ La práctica actividad internacional de Hoover, en cambio, ha sido ampliamente comentada por autores como David Burner, en *Herbert Hoover: a public life*, Nueva York, ed. Alfred A. Knopf Inc., 1979 (véase en especial el capítulo XIII), y por Edgar E. Robinson y Vaughn D. Borne en *Herbert Hoover, President of the United States*, Stanford University, Hoover Institution Press, 1975. Estas obras destacan la tendencia pacifista de Hoover, su política del "Buen vecino" hacia América Latina (en particular con referencia a los casos de Nicaragua y Haití), sus esfuerzos en pro del desarme y la reducción de armamento naval, su apoyo a la Corte Internacional de Justicia y las dificultades de su política exterior en el Lejano Oriente, en particular con el caso de Japón.

⁵ Para un análisis más detallado, las obras de carácter biográfico sobre la vida y la época de Hoover son relativamente abundantes y, en general, muy bien documentadas. Entre ellas destacan: de Robinson y Borne, *The Shattered Dream*; de Gene Smith *An Uncommon Man*; de Richard Smith *Herbert Hoover, President of the U.S.*; de David Burner, *Herbert Hoover a Public Life* y la más extensa de todas, de George Nash, *The Life of Herbert Hoover* que han servido para documentar este breve trabajo.

quinas de coser, mismas que luego revendía en los mercados de segunda mano.

Contaba apenas con 16 años de edad cuando conoció a un ingeniero minero, quien aparentemente le causó una profunda impresión. La precisión del cálculo científico y la exactitud de las matemáticas con todo su potencial creativo empezaron a convertirse progresivamente en parte de su visión de las cosas. Fue entonces que decidió ser ingeniero. Un año más tarde, el joven Hoover estaba ya en Stanford, prestigiada universidad del norte de California, listo para iniciar su carrera.

Incluso antes de graduarse en la universidad estaba ya involucrado en proyectos geológicos (muestreo y mapeo de zonas), y al terminar, en 1895, el prometedor ingeniero Hoover ya había recibido apoyo para viajar en representación de una compañía minera hacia Australia en calidad de experto para hacer la evaluación del potencial de algunos yacimientos. Su éxito fue tan rotundo que a escasos dos años de iniciada su misión, la casa matriz ya le estaba ofreciendo una plaza en China con un sueldo garantizado de 20 mil dólares al año, nada despreciable para un joven casi recién egresado. Esta nueva experiencia le permitió ampliar sus conocimientos, habilidades y su propia visión del mundo, además de los recursos para financiar su boda con Lou Henry, ex colega de Stanford. Después de su estancia en Pekín, donde le tocó vivir la experiencia de la rebelión de los "Boxers", Hoover recibió una invitación de la compañía para establecerse en Londres como socio.

Sobre la base de estas experiencias, Herbert Hoover llegó a ser el ingeniero más rico de su época. Realizó proyectos en busca de oro, plomo, cobre, zinc, estaño, etcétera, por las más diversas regiones del planeta. Viajó a la India, Nueva Zelanda, Hawai, Egipto, Corea, Rusia, Francia y Ceilán. Cruzó el Pacífico unas 10 veces y el Atlántico no menos de 25 y, aparte de la experiencia técnica, sus viajes le dejaron también una gran experiencia social. Es muy probable que durante todo ese tiempo fuese reafirmando las convicciones sobre modelos socio-políticos, que más adelante plasmaría en sus propias obras, y luego intentaría poner en práctica durante su gestión administrativa como secretario de Comercio y posteriormente como presidente de Estados Unidos. Hoover empezaba a consolidar la idea de que el triunfo en la vida y el progreso en general sólo llega como producto del esmero personal, del esfuerzo íntegro, denodado e inagotable que alienta el afán de superación, y que sólo puede ser individual, ya que cualquier intromisión externa (gubernamental o de cualquier

otro tipo) sólo contribuye a socavar el espíritu emprendedor del individuo y nulificar las bases del *self-made man*, que ya para entonces era su guía y su ideal.

Después de 10 años como socio de una de las compañías mineras más exitosas de la época y acorde con su propio espíritu emprendedor, decidió instalarse por su cuenta y abrió oficinas en Nueva York, San Francisco, Londres, San Petersburgo y París. Sus operaciones cubrían Alaska, Birmania, México y Siberia. Era la época (principios de 1914) en que Norman Angell publicó aquel *best-seller* (hoy día virtualmente olvidado) enunciando por qué, en virtud de lo extenso e imbricado de las relaciones económicas internacionales, la sola idea de una conflagración mundial resultaba simplemente una locura.⁶ Mientras que se forjaban los acontecimientos que probarían la ingenuidad de Angell y la insensatez de la humanidad, Hoover consolidaba con creciente y admirable firmeza su posición personal.

Aparentemente sentía una atracción especial por los grandes retos. Ya siendo dueño de su propia empresa, empezó a especializarse en tomar proyectos difíciles, algunos incluso al borde de la ruina, y sacarlos adelante. Su criterio era que más que mala suerte, era la mala administración la que inevitablemente conducía al fracaso. Desde entonces se convirtió en enemigo acérrimo del dispendio, la duplicidad de funciones y la ineficacia a las cuales consideraba como males endémicos capaces de arruinar cualquier proyecto humano, incluyendo, claro está, a los grandes proyectos gubernamentales. Ya desde entonces, su mentalidad pragmática le llevó a asociar todos estos factores con la plaga de la burocracia en los gobiernos paternalistas que propician su propio deterioro al inhibir el desarrollo del potencial del individuo. También durante esta época y con el apoyo de su esposa, la ingeniero Lou H. Hoover, tradujo del latín la obra de Agrícola, quien había realizado un compendio de todo el saber sobre mineralogía, metalurgia e industria química en el siglo XVI.

La vida pública

Hacia 1914, contando ya con 40 años de edad, Hoover poseía una de las mayores fortunas de su tiempo (habida cuenta de su origen como profesionalista). Empezó entonces a considerar la posibilidad de retirarse e

incluso de regresar a Stanford, donde podría dedicar el resto de su tiempo al esfuerzo académico. Sin embargo, durante el verano de ese mismo año ocurrió lo que muchos especialistas consideraban impensable, y que la gran mayoría de la población europea veía venir con sorprendente certeza: el estallido de la Primera Guerra Mundial, supuestamente originada en un aparentemente intrascendente asesinato político (de los cuales están llenas las páginas de la historia universal) y que, sin embargo, habría de arrastrar a la mayor parte del mundo por la senda de una locura colectiva destinada a transformar el orden internacional instaurado durante el siglo XIX.

Gracias a sus contactos personales con las autoridades británicas, en un principio Hoover se vio involucrado en un programa extraoficial de apoyo a sus compatriotas varados en la Gran Bretaña debido al conflicto. Posteriormente, por encargo de las autoridades británicas y estadounidenses, le tocó en suerte organizar una comisión de ayuda para Bélgica; labor realizada con tanto éxito que, para cuando su país entró a la guerra en 1917, lo nombraron jefe de Recursos Alimentarios, tarea que llegó a desempeñar incluso echando mano de sus propios recursos. Con el lema de "la comida ganará la guerra" y con el ejemplo personal de cultivar verduras con apoyo de sus hijos en su propio jardín, se ganó el apodo de "Zar de la comida", con el cual la prensa empezó a popularizar su nombre.

Al término de la contienda, Hoover volvió a una Europa devastada casi por completo y, literalmente, salvó millones de vidas desde Bélgica hasta Azerbaiján con su eficiente manejo de los programas para la distribución de recursos alimentarios, para los cuales recababa recursos mediante extenuantes campañas en las que comprometía su prestigio personal. Fue un enemigo decidido de la corrupción y fustigó a cuanto funcionario pudo sorprender aprovechándose de su puesto en beneficio personal. Por toda Europa se le llegó a conocer como "el gran humanista" (incluso en Finlandia, "to Hoover" llegó a significar "ser bondadoso"). En Polonia recibió un cálido homenaje por parte de unos 50 mil escolares agradecidos por el apoyo brindado a su país; en Rusia, Máximo Gorki llegó a reconocer que fue gracias a la bondad de este gran hombre que más de ocho millones de seres humanos se salvaron de una muerte segura por falta de alimentos en la Rusia soviética, que por aquel entonces todavía no se vislumbraba como una amenaza seria para el mundo occidental, sino un desafortunado mal ejemplo de cómo la violencia so-

⁶ Norman Angell, "The Great Illusion" en *A story of the relation of military power to National advantage*, London, Heinemann, 1914.

cial había llevado al poder a la clase trabajadora, cuyo futuro como dirigente de los destinos nacionales estaba, sin lugar a dudas, aún por verse.

La experiencia fue ciertamente muy enriquecedora para el ingeniero Hoover. Gracias a su posición pudo desenvolverse prácticamente en todos los niveles sociales en la mayoría de los países europeos; aprendió que el alimento también puede usarse como instrumento de presión política y, gracias al conocimiento que adquirió, logró consolidar aún más sus propias convicciones: el mundo necesitaba buenos administradores, honrados y eficientes (y si no, por lo menos eficientes), y menos políticos ambiciosos, continuamente enfrascados en interminables y estériles luchas por el poder. Esta convicción no resultaba del todo novedosa, ya que siendo producto natural de la filosofía positivista del siglo XIX, tuvo un claro impacto en el ejercicio político a nivel mundial. En México, por ejemplo, don Porfirio Díaz había proclamado al inicio de su gobierno, acorde con el espíritu de la época, que lo que hacía falta era "menos política y más administración". La respuesta estaba, según Hoover, en el diseño del modelo americano, el único capaz de tomar en cuenta el potencial del individuo y lanzarlo en leal (cualquier cosa que eso quiera decir) competencia social en búsqueda de la excelencia. En esta búsqueda, los hombres, cada uno dependiendo de su propio esfuerzo, alcanzarían esos logros personales que, en conjunto, definirían el perfil de toda la sociedad. Una sociedad que, bajo tales condiciones, sería capaz de crear tanta prosperidad material que volvería prácticamente intrascendente la propia noción de la lucha política. Aunque quizá todavía de una manera imperfecta, ya la sociedad estadounidense, según él, presagiaba el enorme potencial que esta visión ofrecía.

A partir de sus propias convicciones, reafirmadas con la experiencia, el "Zar de la comida", el maestro de la eficiencia, volvió a Estados Unidos pensando que su país jamás podría lograr un entendimiento verdadero con la mentalidad europea, a la cual consideraba anclada por el peso de la historia. Partidario incluso de volver al "tradicional" aislacionismo estadounidense (que desde luego no había impedido la expansión del país hasta alcanzar las costas del Pacífico, ni las sangrientas primeras intervenciones en América Latina) y concentrarse en buscar el continuo mejoramiento de los productos estadounidenses para así garantizar su lugar en los mercados mundiales, Hoover pareció tentado a abandonar la carrera pública que había iniciado apenas seis años

antes. En 1920 recibió una atractiva oferta de los hermanos Guggenheim para asociarse con su compañía percibiendo un sueldo anual garantizado de 500 mil dólares al año. Sin embargo, fue ese mismo año cuando el tristemente célebre Warren Harding llegó a la presidencia de Estados Unidos y lo invitó a incorporarse a su gabinete.

Hoover fue, por elección propia, secretario de Comercio de su país durante los siguientes ocho años (bajo los periodos presidenciales de Harding y del austero Calvin Coolidge). Ocho años de incesante progreso y de abundancia material para el país que, necesariamente, hubieron de asociarse al nombre del "gran ingeniero". Cuando en 1927, en uno de sus periódicos desbordamientos el Río Mississippi causó una serie de estragos en la región del medio oeste, Hoover volvió a probar sus dotes de gran administrador al resolver el problema sin necesidad de recurrir a fondos presupuestales del gobierno; se ganó para sí mismo el favor de los líderes del Partido Republicano, quienes empezaban ya a pensar en el nombre de un candidato para la carrera electoral de 1928.

La experiencia presidencial

El 11 de agosto de 1928, durante la ceremonia de notificación de su nominación a la candidatura presidencial por parte del Partido Republicano, Hoover habló ante el mayor auditorio de radioescuchas jamás imaginado para ese tipo de acontecimientos en su país. En su discurso de agradecimiento y aceptación dijo a la población expectante:

Mi país no tiene deuda alguna conmigo; me dio lo mismo que a cada niño y niña: una oportunidad. Me dio educación, independencia de acción, oportunidad para servir y ganar honor. En ningún otro país podría un joven provinciano, sin herencia y sin amigos influyentes ver hacia el futuro con ilimitado optimismo. Mi vida misma me ha enseñado lo que significa América. Estoy en deuda con mi país mucho más allá de cualquier capacidad de pago.⁷

⁷ Gene Smith, "The Shattered Dream" en *Herbert Hoover and the great Depression*, New York, ed. William Morrow and Co. Inc., 1970, pp.4-5.

Desde luego que independientemente de sus credenciales personales para avalar su candidatura a la presidencia, Hoover contaba además con el ya referido y espectacular avance económico de la sociedad estadounidense entre 1920 y 1928. Ciertamente la prosperidad no era nueva en Estados Unidos; naturalmente considerada en Europa como tierra de abundancia y de oportunidad, Estados Unidos tenía ya una larga historia de prosperidad y progreso que, de hecho, lo habían convertido en el polo de atracción natural más grande para los emigrantes de todo el mundo, incluso los mismos rusos. Pero esos ocho años en especial resultaban particularmente notables en muchos sentidos: eran los años en que “la eficiencia republicana” había respondido con creces al sueño de la plenitud en el hogar y en el bolsillo de la clase trabajadora; esa misma eficiencia que había impulsado el desarrollo del teléfono, la radio y muchos otros aparatos para el servicio doméstico (incluyendo el sanitario), que habían transformado el estilo de vida del pueblo en general; eran los años en que las medias de seda daban nueva y seductora apariencia incluso a las piernas menos agraciadas; eran “los fabulosos veinte”.

No es de extrañar pues, que a la hora de la contienda electoral la victoria de Herbert Hoover haya sido tan aplastante, al grado de romper todos los récords establecidos hasta esa fecha: 444 de los 531 votos electorales fueron para él, lo que representaba que 40 de los 48 estados participantes habían votado en su favor (entre ellos, la mayoría de los estados del sur), y que 21 500 de 35 mil ciudadanos que acudieron a las urnas emitieron su voto en favor del candidato republicano. Sobre la base de estos resultados la prensa proclamó, con bombo y platillo, que finalmente podía decirse que había terminado la guerra civil en el país.

El 4 de marzo de 1929 durante su discurso de toma de posesión (la primera que se transmitió por radio de costa a costa y de la cual se tomó película) ante la mayor multitud jamás congregada hasta ese entonces para este tipo de eventos, Hoover afirmó: “no tengo temor alguno por el futuro de nuestro país. Es claro y lleno de esperanza”. La multitud aplaudió y la bolsa de valores inició una célebre escalada sin precedente en los anales de la historia.

Efectivamente, Hoover encarnaba el ideal estadounidense; el huérfano desamparado convertido en millonario con base en un incansable esfuerzo y deseo de superación personal; el pequeño granjero de origen cuáquero que llegaba a la presidencia; el hijo de la frontera salvaje que había salido al mundo para regresar rico y famo-

so; el hombre que había forjado su propio destino. Al término de su gestión como Secretario de Comercio llegó a afirmar categóricamente:

Nosotros, en los Estados Unidos, estamos hoy más cerca del triunfo final sobre la pobreza de lo que jamás haya estado cualquier otro país en la historia. La casa pobre está desapareciendo de nuestro escenario. Aún no alcanzamos el objetivo; sin embargo, con la oportunidad de continuar con las políticas de los últimos ocho años y con la ayuda de Dios, pronto veremos el día en que la pobreza desaparezca de esta Nación.⁸

Y si esta prosperidad era fruto del esfuerzo organizado, pero individual, de los hombres, no había duda que el nombre de Herbert Hoover se había ganado, por derecho propio, una mención especial en la búsqueda del objetivo.

Los supuestos en los que se fundamentaba esta visión habían quedado plasmados en un pequeño folleto editado en 1922 bajo el título de *American Individualism* que, aunque nunca fue considerado como un *best-seller*, tuvo el mérito de presentar en forma sistemática y sintetizada las convicciones de su autor respecto a las causas que habían permitido el progreso avasallador de su país: un sistema de libertad cimentado en el desarrollo del individuo; un sistema *sui generis*, producto a la vez que productor de la historia misma de Estados Unidos y sin parangón en el mundo.

Por mi parte —decía Hoover en esa pequeña obra—, permítaseme decir desde un principio, que mi fe en la verdad esencial, la fuerza y la vitalidad del credo para el desarrollo, en términos del cual hemos vivido en este país hasta ahora, ha sido confirmada y profundizada por las ilustrativas experiencias de siete años de servicio en el ambiente arduo y la miseria de la guerra. Siete años de lucha en contra de la degradación económica, la desintegración social y la incesante inestabilidad política con todas sus consecuencias en conflictos tanto individuales como de clase, sólo han podido llamar mi atención con respecto a la motivación primaria de las fuerzas sociales y la necesidad de una mayor reflexión en torno a los grandes temas

⁸ *Ibidem*, p. 7.

que preocupan a la humanidad. Después de todo este análisis, he surgido convencido como un individualista norteamericano. En los Estados Unidos hemos desarrollado consistentemente los ideales que constituyen la base del individualismo progresista.⁹

Fiel a esta visión del mundo forjada por su experiencia personal y corroborada por su experiencia social, Hoover se consagra como férreo defensor del esquema estadounidense de libre empresa, de libre mercado, de igualdad de oportunidades para cada individuo, de un sistema político fincado en la democracia representativa y la minimización del gobierno como instancia burocrática para inspirar y alentar a todos hacia el trabajo fecundo y creador guiado por los parámetros inequívocos de la eficiencia y la productividad. Poco parecía importar entonces al férreo defensor del individualismo exacerbado que dos terceras partes de toda la industria estuvieran concentradas en manos de unas 600 corporaciones, o que el flujo de capitales, al igual que los depósitos, estuviesen bajo control de una escasa veintena de instituciones bancarias.

Ya en la presidencia, Hoover fue el primero en instalar un teléfono en su oficina y un sistema de chicharras para sus cinco secretarías (todos los presidentes anteriores a él habían tenido una sola). La efectividad y la eficacia en la acción gubernamental y el fin al dispendio en la Casa Blanca eran su guía de acción. La competitividad, la eficiencia y la productividad eran su norma de conducta. Puso a un grupo de expertos a estudiar todas las tendencias sociales para las próximas cinco décadas, y desde sus primeros días en el poder se forjó para sí mismo la imagen de un trabajador infatigable y preocupado por el bienestar y la prosperidad de su pueblo. Con todo ello, el nuevo presidente parecía responder a la visión profética que había tenido de él Charles Evans Hughes, secretario de Estado cuando afirmaba "si llegase a surgir cualquier problema, Hoover sería el hombre en quien se podría confiar para encarar el desafío con habilidad y variedad de recursos".

No era de extrañar pues, que a los ojos de la mayoría de sus compatriotas, Hoover pareciera efectivamente un personaje casi sobrenatural, con conocimientos que abarcaban prácticamente todas las ramas del saber humano y cuyo juicio nunca fallaba; un hombre que se

sabía todas las respuestas y que, prácticamente, podía ver en la obscuridad, como señalara el periodista Charles Michelson.

El ensombrecimiento del panorama

La eficiencia administrativa de Hoover era ya legendaria cuando llegó a la presidencia; este hecho, aunado al espíritu sobrio y austero que lo caracterizó durante toda su vida, resultaron pronto del agrado del pueblo estadounidense, que vio con buenos ojos el cierre de los establos de la Casa Blanca y el encierro permanente del yate presidencial por representar gastos dispendiosos del presupuesto federal. La gente admiraba su capacidad de trabajo y durante todo el verano de ese finalmente fatídico 1929, la bolsa registró alzas sin precedentes. La *General Electric*, por ejemplo, pasó de 268 a 391 puntos en menos de un trimestre; ATT, de 209 a 303. Durante ese mismo periodo, el promedio general fue de 25 por ciento al alza. ¿Qué tenía de raro pues, se preguntaban los enterados, que los rajás de la India vendieran sus joyas y los grandes terratenientes europeos sus propiedades para así poder ingresar a la bolsa de valores, si todo el mundo estaba buscando la forma de participar en la repartición de una aparentemente inagotable riqueza? Y, ¿qué más debería hacer el mundo sino copiar ese prodigioso sistema estadounidense que tan substanciales y palpables resultados estaba dando?

El 3 de septiembre de 1929 las ganancias llegaron al punto más alto. Ahí se mantuvo estable el indicador bursátil durante algunas semanas, como si la riqueza fuese a inundar al mundo entero; luego, de manera inesperada para la mayor parte de los accionistas, el 29 de octubre estalló la crisis. La bolsa se desplomó y, según evaluaciones posteriores, en un solo día se perdió más de lo que el país había gastado en conjunto durante la Primera Guerra Mundial, sin que en esta ocasión hubiese un bando derrotado a quien cobrarle. El número de suicidios atribuibles a ese movimiento bursátil sigue siendo un misterio, pero se sospecha que debe haber sido considerablemente alto.

Hoy en día, quizá ya más acostumbrados a las variaciones de la Bolsa, nos resulta un tanto difícil imaginar siquiera la magnitud real del impacto que aquel "jueves negro" tuvo entre la gente. Basta recordar que el viernes 30, el propio primer mandatario se vio en la necesidad de dirigirse a la nación: "nuestro aparato productivo está intacto y fincado en bases sólidas", dijo. "...Se trata

⁹ Herbert Hoover, "American Individualism" en *Doubleday, Duran & Company Inc.*, 1929, p. 7.

de condiciones técnicas...hay que ajustar algunos precios”, puntualizó. Por algunas horas, durante la actividad matutina inicial, el mercado parecía querer repuntar, pero poco duró el gusto: mucho antes del término de una jornada que empezó a hacerse eterna, el mercado se volvió a desplomar. Realmente está más allá del limitado alcance de este breve ensayo el analizar las causas de este estrepitoso desastre. No obstante, dado su comprobado carácter tanto cíclico como estructural, vale la pena preguntarse ¿hasta qué punto es realmente sólida y sostenible la visión en la que se sustenta la promesa del individualismo estadounidense que supone que todo el mundo debería estar organizado como un gran mercado libre y democrático impulsado por las fuerzas básicas del capitalismo?

El presidente Hoover, acostumbrado a confrontar situaciones de crisis, se movilizó rápidamente. Organizó a los banqueros, creó fondos de emergencia para hacer frente a los compromisos y redujo impuestos; no obstante, aunque el panorama medianamente se estabilizó, no mejoró. Fue la primera de una larga serie de navidades sombrías para la mayoría del pueblo, pues ya para entonces un buen número de personas se había quedado sin trabajo.

En marzo de 1930, Hoover anunció que en 60 días, cuando mucho, el problema del desempleo estaría superado. En mayo insistió que ya había pasado lo peor de la crisis y que, como máximo, para cuando llegara el otoño, el orden se habría restablecido. Sin embargo, aparentemente sordas ante las predicciones presidenciales, conforme avanzaba el año, las fábricas empezaron a parar y la miseria a extenderse. Hoover, infatigable como de costumbre, alargó sus propias jornadas de trabajo a un ritmo que ninguno de sus asistentes podía seguir. Estaba decidido a vencer la crisis incluso a riesgo de su propia salud, pero insensible a sus esfuerzos, la crisis sólo parecía ir en alarmante aumento.

Lo que siguió al derrumbe de 1929 en Estados Unidos fue tan gradual que al principio apenas era notable; los expertos señalaron con insistencia (haciéndose eco del optimismo presidencial) que el mercado se recuperaría, aunque los plazos se hacían cada vez más largos pues semana a semana se experimentaban nuevos declives. Las ventas empezaron a disminuir progresivamente hasta irse reduciendo a los mínimos indispensables, los viajes se cancelaron a pesar de que también los precios iban a bajar; las fábricas empezaron entonces a trabajar jornadas de medio turno y, cuando el *United States Bank* de Nueva York finalmente se declaró en

quiebra, cerca de un millón de personas perdieron sus ahorros. Con el desempleo y la miseria vino la desesperación; suicidios, robos y prostitución se volvieron cosa común ahí donde antes hubieran escandalizado. La policía controlaba con dificultad a las multitudes iracundas, ignorando ellos mismos si su propio pago llegaría en la siguiente quincena. El espectro de la revuelta social estaba llegando aterradoramente cerca de la propia casa de los estadounidenses, y el temor al socialismo y al comunismo se hacían cada vez más grandes y así, proporcionalmente, la necesidad de reprimir esas tendencias.

Las crisis no eran desconocidas en Estados Unidos; de hecho, un año antes de que naciera el futuro presidente Hoover se había presentado una fuerte depresión económica, y otra del mismo tipo cuando él estaba a punto de iniciar sus estudios universitarios. Los teóricos de las corrientes de izquierda, en especial los del materialismo histórico y dialéctico, venían vaticinando el fin del propio sistema capitalista, en función de sus contradicciones internas, generadoras de todas estas crisis. De tal suerte, Hoover no se desesperó, incluso ante las señales más ominosas. Casi puede pensarse que gracias a su experiencia, de algún modo ya lo esperaba. Siendo aún secretario de Comercio, había protestado ante el presidente Coolidge por esas políticas de “dinero fácil” que, desde su punto de vista, habían alentado la desenfrenada especulación de la bolsa.

Hoover había prevenido oportunamente al Consejo de la Reserva Federal contra la locura de permitir a los especuladores adquirir valores hasta con un 90 por ciento de margen, lo cual equivalía a pagar diez centavos por el valor de un dólar. El presidente Coolidge, fiel a sus preceptos liberales en cuestión económica, señaló al secretario de Comercio que el gobierno no tenía derecho a interferir con las actividades del libre mercado bursátil, puntal de una economía de libre mercado. Hoover se dirigió entonces al Comité del Senado para cuestiones bancarias y de circulante para prevenirlo de que esas políticas de dinero suelto traerían un colapso inevitable que causaría graves calamidades a la población en general, en particular a las clases menos favorecidas y a los auténticos hombres de negocios. Corría entonces el año de 1925 y el entonces secretario del Tesoro, Andrew Mellon, sencillamente tachó a Hoover de asustadizo y alarmista.

Mellon era ya para ese entonces una de las figuras legendarias de la época. Frío y calculador inversionista, millonario gracias a sus inversiones en carbón y acero,

riguroso individualista y partidario de un efficientismo inmisericorde, Mellon era además un convencido darwinista social del tipo que jamás hubiera considerado como irónica la "Modesta propuesta" de Johathan Swift para calmar las hambrunas y recuperar el control político en Irlanda, la cual sugería procrear y engordar bebés para alentar el negocio de la comida. Para él, la crisis de 1929 no era más que la manifestación de un fenómeno económico natural, simplemente porque esa era la forma en que funcionaban las cosas. De hecho, los abruptos movimientos de la bolsa vendrían a desempeñar el papel de un eficaz purgante contra toda la podredumbre que arrastraba el sistema. De esta manera se lograría un doloroso, pero necesario ajuste de los costos y del estilo de vida. La gente se vería obligada a trabajar más y mejor, poniendo incluso mayor empeño en el cuidado de sus ahorros y llevando una vida más recatada. Como buen millonario, Mellon predicaba la austeridad en el bolsillo de sus vecinos.

Una vez que se hubiese logrado el reajuste de los valores al nivel adecuado, la gente verdaderamente emprendedora retomaría el control de manos de los incompetentes. Así había ocurrido durante las múltiples crisis que ya para entonces había confrontado el sistema estadounidense y de las cuales siempre había salido avante; precisamente por eso había que mantenerlo intacto.

A pesar de que la situación no mostraba señales claras de mejora, el presidente Hoover mantuvo intacto su ánimo y trató de compartirlo con el pueblo. No dejó de buscar medidas para alentar a los consumidores y apoyar a los productores. Anunció que en seis meses más todo habría pasado y sería tan sólo un recuerdo ingrato. Durante algún tiempo su veredicto parecía acertado: aún sin recuperarse del todo, la economía parecía por lo menos estarse sosteniendo. No obstante, con la llegada de la primavera de 1930 la situación volvió a empeorar. Sin perder la calma, el Presidente anunció algunas nuevas medidas de apoyo, aunque todo parecía insuficiente y llegar demasiado tarde. El pueblo empezó a desesperarse, acusaban de insensible al Presidente por negarse a brindar ayuda directa a la población mediante la distribución de recursos. La situación se agravó aún más cuando Hoover pretendió mantener la postura de que lo peor ya había pasado y de justificarlo mediante indicadores económicos que a la mayoría de la población le sonaban huecos. Comenzaron a proliferar bromas en torno a las frases acuñadas por la presidencia respecto a que "la prosperidad estaba ya a la vuelta de la esquina", y la gente se preguntaba: ¿quién rayos asesora

al señor Presidente?, o ¿de qué país nos habla cuando se refiere a esa supuesta recuperación? Triste experiencia que lamentablemente no parece haber enseñado lo suficiente a los gobernantes, que incluso con menor habilidad que Hoover pretenden sortear los persistentes temporales que azotan cíclicamente a las economías liberales, por muy sólidas y extendidas que éstas lleguen a parecer.

A pesar de todos los malos augurios, hacia principios de 1931 Hoover parecía empezar a ganar la batalla. El eficiente talento tecnócrata daba la impresión de estar venciendo a la terrible crisis. La producción industrial, las nóminas y las acciones en la bolsa de valores comenzaron a subir de nueva cuenta. Incluso se empezaron a hacer algunas contrataciones, aunque sólo en forma eventual y por demás modesta. Casi el 25 por ciento de los desempleados encontraron alguna forma de ocupación y en gran número de ciudades se puso fin a las medidas de caridad instauradas por los gobiernos locales. El Presidente anunció, por fin, que la depresión había terminado.

La perspectiva internacional

Señala la sabiduría popular que no es bueno cantar victoria antes de tiempo, e incluso sentencia, las más de las veces de manera profética, que "del plato a la boca se cae la sopa". El presidente Hoover debe haberse sentido perseguido por alguna especie de maldición inexplicable y aparentemente inextinguible. La realidad parecía resistirse a todo intento de solución sugerido por la racionalidad individualista y liberal.

Ciertamente el desequilibrio económico ocasionado por la Primera Guerra Mundial, aunado a la dislocación de la economía estadounidense y seguido de una expansión incontrolada, le ayudaba a tratar de entender lo que estaba ocurriendo. Pero había pasado ya más de un año tratando de aplicar todas las medidas correctivas que le sugería su ingenio (y en ocasiones también el insomnio), sin que el problema terminara de corregirse totalmente.

En 1931, como resultado de la propia crisis europea, la tormenta arremetió con furia insospechada y arrastró en su caída a Estados Unidos. Las economías europeas estaban devastadas por los efectos de la guerra. Los países vencidos eran, desde luego, los más afectados. En ese mismo año Austria y Alemania intentaron unirse para presentar un frente común a su crisis, agravada por las múltiples exigencias de reparaciones de guerra, y

Francia reaccionó drásticamente, obligando al presidente alemán, general Paul Von Hindenburg a pedir apoyo a Hoover para así evitar un colapso total.

Francia y los aliados europeos argumentaban que ellos tenían necesidades propias de efectivo para pagar sus deudas con Estados Unidos. Oficialmente, Austria y Alemania seguían siendo las culpables de haber desencadenado el conflicto, visto como la causa directa más importante de la Gran Depresión, que ya para entonces, de una u otra manera, afectaba al mundo entero. A ninguna de las célebres figuras de la economía mundial parecía ocurrírseles que, en efecto, la dinámica misma del "libre mercado" pudiese conducir a la sociedad hacia tal desastre.

Esta experiencia de la difusión y extensión de la crisis debió haber sido prueba fehaciente de las tesis postuladas por Norman Angell casi dos décadas atrás respecto a la inexorable interconexión que vinculaba a la economía mundial. Así pareció entenderlo el presidente Hoover al responder al llamado de Von Hindenburg con la ofensiva más audaz que se hubiese visto hasta entonces ante la crisis. Hoover apoyó una virtual moratoria de un año en los pagos de las deudas por la guerra, definitivamente el acto de mayor relevancia en la esfera internacional desde la época en que se firmara aquel leonino armisticio de 1919 que tanto recordaba a los germanos la fatídica sentencia de Brenno, el celta que capturó Roma en el año 386 a.C.: "¡Ay de los vencidos!".

Lamentablemente, a pesar de su visionario esfuerzo, Hoover no logró evitar el desastre. Varios bancos europeos empezaron a quebrar en amenazante sucesión, y más de una docena de países vivían bajo el temor creciente de la anarquía o el estallido de la violencia social. La represión internacional contra los movimientos obreros tuvo que acrecentarse dando lugar a hechos de sangre que ni siquiera en Estados Unidos fueron ajenos. Empezaba a conformarse el escenario que habría de permitir el ascenso de Adolfo Hitler y con él, de la re-
fortalecida Alemania nazi.

Durante el verano de 1931, Gran Bretaña abandonó el patrón oro y pronto otros 17 países siguieron su ejemplo. Las revoluciones y los golpes de Estado se sucedían uno tras otro por toda América Latina. Hoover declaró que se desfondaba vertiginosamente el mundo económico como sólo podía ocurrir en la peor de las pesadillas. Pero ni siquiera en esos momentos tan amargos se atrevía incluso a cuestionar los postulados y las prácticas del credo liberal. La abrumadora desgracia

colectiva no podía ser producto de las benévolas fuerzas del libre mercado. Era la torpeza, la indolencia adormecedora que promueven los entrometidos gobiernos paternalistas que acaban por matar al espíritu emprendedor las que habían venido a alterar el orden, el progreso y la abundancia que el libre mercado había logrado durante "los fabulosos veinte".

Ante ese panorama desolador, el Presidente decidió convocar a los líderes de las finanzas nacionales incluyendo a banqueros, aseguradores, prestamistas y corredores de bolsa. Prefirió verlos en las oficinas de Mellon con el objeto de no provocar mayor suspicacia entre la población, ya de por sí bastante alarmada. Durante la reunión habló de la gravedad de la situación instándolos a la cooperación: tenían que rescatar bancos, inversiones, inversionistas y fábricas, retrasar cobros hipotecarios, renegociar adeudos, en fin, todo cuanto fuese necesario para apuntalar el aparato productivo y restablecer el orden; tenían, en otras palabras, que aprender a actuar de manera solidaria y a pensar en términos colectivos para tratar de salir de la crisis, aunque ciertamente Hoover jamás lo planteó de ese modo. Era, más bien, un sacrificio "temporal" para poder restablecer el orden... el orden liberal.

La amenaza de una revuelta social era cada vez mayor. Sin embargo, y a pesar de lo crítico que se había tornado la situación que ahora afectaba a miles de hogares estadounidenses, Hoover se negaba a contemplar siquiera un curso de acción que no estuviese de acuerdo con sus convicciones respecto al esfuerzo y la responsabilidad individual como única forma de salir adelante. En consecuencia, se opuso terminantemente a la adopción de medidas populistas, pues aparte de costosas, según él, sólo servirían para fomentar la indolencia del pueblo. No se debía acostumbrar a nadie a depender de alguien más para resolver sus problemas, y menos del gobierno, cuya modesta función arbitral no debería convertirse jamás en función paternal.

El pueblo, por su parte, no sólo veía sino padecía directamente los efectos aterradores de la crisis, sin alcanzar a comprender las "razones estructurales", las "deficiencias técnicas" o "los problemas de caja". Sentían simplemente que el gobierno les estaba mintiendo y sabían que cada vez era más difícil encontrar empleo. Los asesores del Presidente le recomendaron entonces tratar de acercarse al pueblo para borrar esa imagen de desinterés o insensibilidad que la prensa estaba manejando; sin embargo, Hoover tomaba su trabajo demasiado en serio. Estaba convencido de que la figura presi-

dencial debería siempre inspirar respeto; fue quizá el último de los presidentes que honestamente pensaba que jamás debería convertirse en un *showman*. Su distanciamiento con la prensa se fue haciendo mayor a medida que la crisis se agravaba. Su discurso empezó a sonar hueco y repetitivo. Decía que lo único que estaba frenando el repunte era el temor popular y que era indispensable recuperar la confianza en las inversiones, en las instituciones y, en el fondo, en la capacidad de cada individuo para salir adelante. Sin embargo, la situación empeoraba día con día. Hacia fines de ese interminable 1931 Hoover se había vuelto prácticamente en un huraño introvertido, empeñado casi hasta el punto de la necedad en combatir la crisis por su propia cuenta. Los presagios para el año nuevo eran más bien sombríos.

El fracaso de Hoover

En enero de 1932 el predicador James Cox de Pennsylvania, aparentemente sin tener mayores pretensiones políticas, organizó una "marcha del hambre" con destino a la capital del país, a la cual se unieron más de 50 mil personas. Cox fue recibido en la Casa Blanca junto con un pequeño grupo de acompañantes. Este improvisado comité expuso ante las autoridades una situación verdaderamente drástica. No era, de hecho, la primera señal de alarma que recibía el gobierno. Hacía ya varios meses que un creciente movimiento social, al que las autoridades tachaban de "comunista", vociferaba amenazador: "colgaremos a Hoover de un manzano amargo". Los propios cuáqueros, tradicionalmente austeros y pacíficos, habían enviado una comisión a Washington para alertar al Presidente en el sentido de que, a menos de que se hiciera algo rápido, seguramente habría una revolución.

Debido a la creciente presión canalizada a través de los medios de comunicación, Hoover optó por remover de su puesto al viejo secretario del Tesoro después de toda una década de poderío total en ese terreno. Mellon contaba entonces con 76 años de edad y había sido una de las figuras más prominentes de los años veinte; sin embargo, todo el peso de la crítica social se había volcado en torno a su polémica figura; incluso se hablaba en el propio Congreso de pedir un juicio en su contra. En su lugar fue designado Charles Dawes, embajador de Estados Unidos ante la corona inglesa.

Al volver a Washington, junto con Hoover y Oddgen Mills, subsecretario del Tesoro, Dawes inició la planificación estratégica para promover la reconstrucción financiera del país. Se creó de hecho una corporación cuya misión sería la obtención de fondos para cumplir su propósito. Gracias al trabajo de esta corporación se logró la aprobación del Congreso de un monto total de dos mil millones de dólares destinados a prestar a las empresas. Algunos periodistas de la época empezaron entonces a hablar de la "América soviética", a pesar de lo cual el plan se inició y el dinero empezó a fluir directamente hacia manos de los empresarios; para los pobres no habría caridad, la única esperanza de solución a sus problemas estaba en manos de las empresas, en tanto pudiesen crear nuevas fuentes de trabajo para ellos y nada más.

Aunque diferentes voces de prominentes figuras sociales se alzaron para pedir al Presidente apoyo para los pobres, la respuesta de Hoover siguió siendo contundente: nada de caridad. Hoover combatió hasta la más mínima tendencia populista con toda la autoridad moral investida en su persona. No habría limosnas, sentenció categóricamente. Estaba plenamente convencido de que aunque la limosna pudiese mitigar temporalmente la necesidad de las clases populares, su efecto nocivo a largo plazo sería matar la voluntad de trabajar, y era precisamente en el trabajo, en el empeño personal por superarse, que estaba el camino del éxito y la posibilidad de triunfo, primero para cada individuo y luego, como consecuencia natural, para cada país. Según él, el verdadero declive del imperio romano se había producido como resultado de la nefasta práctica gubernamental de querer mantener al pueblo en calma a base de darles "pan y circo" y lo mínimo indispensable para que no tuviesen que trabajar; Inglaterra misma, después de alcanzar la grandeza sobre la base del esfuerzo decidido de su población, había seguido con lujo de miopía por el mismo camino y estaba pagando las consecuencias con su propia declinación.

A medida que avanzaba el año la situación parecía cada vez más crítica. La economía estaba virtualmente paralizada. En comparación con los indicadores económicos y de producción de la década anterior, el inicio de los años treinta resultaba ciertamente desolador. Naturalmente que el impacto social no se hacía esperar. Cientos de restaurantes habían cerrado sus puertas por todo el país, lo mismo que cines y teatros. A poco de iniciada la promesa de un futuro brillante para la industria del automóvil, volvieron a verse por los cami-

nos vehículos tirados por animales, mismos que irónicamente llamaba el populacho *hoovercarts*; de hecho, las carreras entre ellos empezaron a convertirse en pasatiempo popular. A los cada vez más amplios cinturones de miseria de las grandes ciudades se les empezó a denominar *hoovervilles* y *hooverflags* a los bolsillos vacíos. Alcanzó celebridad nacional la broma que decía: ¿que?, ¿cómo está eso de que las cosas empiezan a mejorar?, ¿acaso quieres decir que Hoover ha muerto?

Ese mismo año, el entonces gobernador del estado de Nueva York anunció su determinación de participar en las elecciones primarias del Partido Demócrata en su estado para la primera ronda en búsqueda de un candidato presidencial. Su nombre era Franklin D. Roosevelt.

La revolución misma que había venido abriéndose paso por América Latina parecía próxima a estallar en los propios Estados Unidos. Algunos empresarios patriotas como Henry Ford tuvieron que sumarse al esfuerzo de la policía local prestando sus "ejércitos" particulares para reprimir manifestaciones en las que participaban mujeres y niños.

Hoover intensificó aún más sus propias jornadas de trabajo. De hecho estaba viviendo prácticamente en su oficina. Como el gobierno estaba gastando más de lo que ingresaba, empezó a tomar algunas medidas drásticas. Hubo reducción de personal hasta el mínimo indispensable en la Casa Blanca y reducción de salario para los pocos que quedaron. Se recurrió también a un totalmente impopular incremento de impuestos que vino a deteriorar más la ya de por sí dañada imagen del Presidente.

Por otro lado, las cosas en Alemania y Japón empezaron a tornarse verdaderamente críticas desde el punto de vista del progreso de los regímenes totalitarios y la supresión de las libertades individuales que tanto valoraba Hoover. El mundo entero parecía venirse abajo. Entrevistado por la prensa, *lord* Keynes respondió afirmativamente a la pregunta de si alguna vez en la historia se había visto cosa semejante; añadió además que esa experiencia había durado unos 400 años y se había llamado "Edad de las Tinieblas" (refiriéndose al periodo de la Baja Edad Media).

Y sin embargo, a pesar de lo sombrío de la situación y estando al borde del inminente derrumbe final, durante la primavera de ese mismo año, casi milagrosamente, las cosas empezaron a estabilizarse. Los enormes esfuerzos de la Corporación para la Reconstrucción Financiera parecían empezar a rendir frutos y el Presidente

empezó a sentir cierto alivio; después de todo, aquel era un año electoral. Ciertamente que no hubo ninguna recuperación inmediata ni milagrosa, pero, por lo menos parecía que las cosas habían tocado fondo, a partir de lo cual sólo podrían esperarse mejoras. Los índices de desempleo mejoraron casi imperceptiblemente, los turnos laborales empezaron a ampliarse de nueva cuenta y las ventas al público a mejorar. Después de todo, parecía que, efectivamente, el esfuerzo titánico del super eficiente señor Presidente había funcionado, y que a pesar de las bajas el sistema de la libertad individual y de la libre empresa seguían intactos. Hoover había sorteado los peligros sin tener que recurrir al denigrante y dispendioso populismo socializante que tanto detestaba. Su victoria era una victoria para el credo de la libertad como forma de vida, sin intromisión estatal.

Pero a esas alturas, Hoover parecía estar ya marcado por un destino adverso. Durante el mes de junio se llevaron a cabo las dos convenciones partidistas a nivel nacional. Gracias a los recientes, aunque todavía modestos, progresos de su causa, Hoover ganó sin muchas dificultades la nominación del Partido Republicano y, por su parte, Roosevelt la del Demócrata. Todo parecía indicar que la reelección sería cosa segura, y que el Presidente podría seguir luchando contra la crisis fiel a sus políticas de respeto absoluto a la libertad individual y a las leyes del mercado fincadas en la libre empresa. Sin embargo, ese mismo mes de junio llegó a la capital un grupo de veteranos de la Primera Guerra Mundial dirigidos por un tal Walter Waters.

La historia oficial de Estados Unidos recoge el episodio como la aventura del "ejército de los bonos", ya que el objetivo principal de la marcha era solicitar el pago anticipado de un documento que el gobierno les había entregado en 1924 en compensación por los servicios prestados a la nación, y que sólo sería cobrable 20 años más tarde con un 100 por ciento de ganancia sobre su valor nominal. El hambre y el desempleo habían llevado a este grupo de desesperados procedentes de los más diversos rincones del país hasta Washington, donde permanecieron durante un par de meses en un ambiente de creciente tensión, con la esperanza de cobrar su dinero y volver a casa. Aun cuando gracias a la presión que ejercieron obtuvieron el voto aprobatorio del Congreso, la autorización para su pago fue detenida en el Senado. El gobierno no estaba dispuesto a someterse a la presión de una banda de facinerosos y haraganes. Alarmados por el espectro del comunismo en América, que parecía estar ya con un pie puesto en Chile, los

militares estadounidenses disolvieron por la fuerza al "ejército de los bonos", en una de las más sangrientas páginas de la historia de la represión en Estados Unidos. La suerte de Hoover estaba echada; su imagen pública cayó literalmente al suelo, proliferaron los libros, las bromas y las caricaturas satirizantes en su contra. Sus enemigos políticos se regocijaban señalando sus inclinaciones anti-estadunidenses: después de todo, ¿no había sido él quien había "perdonado" la deuda a sus amigos europeos?

Aunque los indicadores económicos de septiembre continuaron mostrando progreso, la imagen de Hoover siguió deteriorándose. A pesar de su renovado esfuerzo durante una agobiante y casi desesperada campaña electoral, Hoover fue derrotado con el mismo margen aplastante con el que él había humillado a los demócratas cuatro años antes. Aun así, durante su último mensaje a la nación, siguió recomendando y a la vez pidiendo adhesión a los principios que habían permitido la prosperidad de los años veinte y olvidar el impacto "transitorio y accidental" que había ocurrido a principio de los treinta.

Cuando Roosevelt tomó posesión en marzo de 1933, Hoover permaneció algunos días en Washington esperando ser llamado por la nueva administración. Iba a cumplir 59 años de edad y se sentía aún en plenitud de facultades, así como de experiencia para asesorar sin resentimientos partidistas al nuevo Presidente. Sin embargo, la llamada nunca llegó. El nuevo Presidente, en efecto, tenía una visión muy distinta de las cosas y un estilo oprobiosamente populista y socializante que de inmediato cautivó a la dolida y desesperanzada población norteamericana. Ahí se iniciaba un nuevo capítulo en la historia del vecino país del Norte y, por su importancia en el escenario internacional, para la humanidad en su conjunto; la época del "Nuevo trato".

Hoover regresó en 1933 a California, donde vivió durante 12 años una vida enteramente privada redactando sus memorias y ocasionalmente dictando algunas conferencias. Desde su punto de vista, el célebre "Nuevo trato" de Roosevelt, efectivamente dispendioso y populista, sólo había venido a prolongar los años de depresión virtualmente hasta el momento mismo en que inició la Segunda Guerra Mundial, mientras que los europeos la habían controlado desde 1935. Nadie le hizo caso. Por espacio de 20 años, cada época de elecciones la gente lo recordaba asociando su nombre y el de su partido a la Gran Depresión y el desastre. Él siempre señaló que a pesar de todos los esfuerzos de los demócratas, el país no volvió a generar auténtica prosperidad hasta

entrada la década de los años cincuenta, cuando retornó al poder el Partido Republicano. Sostuvo convencido hasta el final que la depresión había sido controlada en el verano de 1932, y que sólo la llegada del "carismático" Roosevelt había revertido la tendencia.

Volvió durante algún tiempo a la vida pública bajo el gobierno de Harry S. Truman al término de la Segunda Guerra Mundial, brindando ayuda alimentaria a Europa y colaborando con la reestructuración del gobierno. Para entonces, toda una generación había crecido sin conocer su glorioso pasado anterior a 1929 y considerándolo un reaccionario calculador; un hombre sin clemencia para los desfavorecidos y, al final de cuentas, un fraude. Poca gente sabía de su capacidad profesional, de su fuerza intelectual, de su amor por la eficiencia y de su fervor individualista como eje del progreso nacional. Quedaban aún muchas dudas y demasiados resentimientos por su proceder durante los años críticos. Pocos entendían, después de la década de los años cincuenta, que la actitud de Hoover había sido una expresión natural de sus propias convicciones, de su visión sobre el significado de su país y de los valores y las prácticas individualistas basadas en la libertad sobre las que él pensaba que se había erigido, y que debía sostenerse.

Finalmente, murió en 1964 a los 90 años de edad, fiel a sus creencias y hondamente preocupado por los avances a nivel mundial de la ideología anti-liberal y anti-individualista que, según él, constituía la amenaza más grande en contra de la humanidad. Resulta quizá una lástima que no le haya tocado ver el advenimiento de los años noventa; seguramente habrían estimulado su optimismo.

La perspectiva teórica

¿Cuáles son las enseñanzas básicas que pueden extraerse de la turbulenta experiencia hooveriana para el estudio de las Relaciones Internacionales? Intentaremos responder a esta interrogante empezando por tratar de identificar los supuestos epistemológicos esenciales sobre los que se basó el desempeño ejecutivo de Hoover.

Por el lado de la política exterior, difícilmente podríamos pensar en algún otro presidente estadounidense anterior a Hoover con mayor experiencia internacional que él. Incluso sería difícil mencionar a otro posterior

que pudiera presumir de contar siquiera con la mitad de la experiencia internacional con la que él llegó a la Casa Blanca. Y no hablamos únicamente de la experiencia en términos de política internacional que Hoover conoció durante los años de la Primera Guerra Mundial, cuando tuvo a su cargo la Comisión de Ayuda para Bélgica, y posteriormente como titular de la Oficina de Recursos Alimentarios en su propio país, o de la experiencia que adquirió como negociador durante las Conferencias para la Paz en Europa al finalizar el conflicto. Como ya hemos señalado, mucho antes de 1914 Hoover ya había viajado extensamente por el mundo en calidad de in-ingeniero geólogo, llegando a establecer su propia empresa y amasar una cuantiosa fortuna superior a los 10 millones de dólares. En sitios como Australia, la India, Nueva Zelanda, Hawai, Corea y China entre otros, Hoover había tenido la invaluable oportunidad de conocer de cerca la vida y las costumbres de las clases sociales menos afortunadas, y contrastarlas con las de su propio país. La huella de la comparación habría de permanecer en él para el resto de sus días, al igual que la convicción de que esa superioridad intrínseca de su país se debía a la adopción de un sistema liberal y pragmático. A la luz de la experiencia histórica, e incluso a la luz misma de las comparaciones que Hoover pudo establecer gracias a las múltiples oportunidades que le brindaron sus viajes, el contraste de la miseria y la opresión de las libertades contra el progreso y la abundancia de oportunidades que caracterizaban a Estados Unidos a los ojos de Hoover, resulta fácil entender por qué es que él llega a la convicción de que el sistema estadounidense es mucho mejor que cualquier otro en el planeta.

En consecuencia —añadía en su libro—, no hablo por el individualismo de otros países, sino por el de los Estados Unidos. El nuestro difiere del de los demás porque incluye los siguientes ideales: aunque construimos nuestra sociedad sobre la base del desarrollo del individuo, garantizamos que cada uno tenga igualdad de oportunidades para asumir dentro de la comunidad la posición que le merezca su inteligencia, su carácter, su habilidad y su ambición personal; que mantenemos el esquema social libre de estratos invariables para las clases, que estimulamos el esfuerzo individual en favor de la realización, que a través de un sentido cada vez más amplio de responsabilidad y comprensión le apoyamos para su auto-

rrealización, mientras que él, a su vez, debe responder al sistema de la competencia.¹⁰

Esta apología del sistema estadounidense, sobre la cual basó todos los actos de su vida pública, lo identificó con ese individualismo exacerbado que muy poco después, paradójicamente, se señalaría como causante de la Gran Depresión de 1929 y que, finalmente, no sólo anularía sus posibilidades de volver a ocupar la presidencia para el periodo 1933-1937, sino que marcaría negativamente su imagen hasta el final de su vida.

Aquella aguda crisis económica que finalmente estalló con gran estruendo en 1929 fue, en efecto, la gran tragedia en la vida del presidente Hoover; el maestro de la eficiencia tecnócrata, el paladín de la causa del capitalismo estadounidense. Sin embargo, todo parece indicar que no fue una tragedia porque haya destruido irremediablemente su figura pública y la haya convertido en blanco certero de toda la amargura y el resentimiento social que dejó como secuela (lo cual en cierta medida explica su aplastante derrota frente a Roosevelt en 1932). Ni siquiera puede decirse que haya sido una tragedia porque haya logrado escapar a su control. Él mismo, como ya dijimos, insistió durante el resto de su vida que la crisis había quedado controlada desde el verano de 1932, y que solamente el advenimiento de los demócratas con sus políticas populistas la había prolongado superficialmente hasta 1937. Hoover sabía perfectamente de la existencia de la crisis y había estudiado con detenimiento lo ocurrido en el país después de la Guerra Civil y durante la década de los años ochenta en el siglo XIX. En realidad, para Hoover el carácter trágico de la crisis de 1929 fue que lejos de evidenciarle todas las insuficiencias de ese sistema que él defendía a ultranza, sólo sirvió para dar mayor solidez a sus convicciones respecto de las bondades del sistema; convicciones que, de hecho, se llevaría hasta la tumba en 1964, a pesar de que durante los momentos más graves de la recesión lo hicieron aparecer ante su pueblo como un egoísta insensible ante el sufrimiento humano y definitivamente torpe en el manejo de las relaciones sociales.¹¹

¹⁰ *Ibidem*, pp. 9-10.

¹¹ En realidad esta es una visión totalmente injusta. Si bien es cierto que Hoover nunca fue célebre por su sociabilidad ni por su facilidad de palabra, ya que como buen cuáquero era más bien reservado e introvertido, el testimonio de sus actos refleja un espíritu sensible y sobre todo, bondadoso. En múltiples ocasiones recurrió a su fortuna personal para ayudar al desvalido, aunque nunca en forma de limosna. Fue bien conocido el apoyo que brindó a sus compatriotas varados en Londres al inicio de la guerra, siempre desde el anonimato.

En *The Challenge to Liberty*, publicado en 1935, Hoover reconfirma su fe en el sistema estadounidense y manifiesta su esperanza de que el anhelo de libertad triunfe finalmente sobre los retos que le plantean el fascismo, el nazismo, el comunismo y todos aquellos credos que de alguna manera promueven la supresión y el sojuzgamiento del individuo ante los imperativos sociales.

Aunque reconocía los riesgos implícitos en un régimen de libertades individuales (es decir, el abuso mismo de la libertad), siempre sostuvo que era preferible intentar mantener un clima de libertad bajo control (ape-lando a categorías morales) que suprimirla por completo en favor de cualquier sistema de corte centralista. A la gran interrogante que se planteó a fines de su periodo presidencial: ¿es la crisis producto del sistema económico fincado en la libertad?, intentó responder en términos de la interacción del sistema estadounidense con el resto del mundo, y aunque señalara explícitamente que “el desequilibrio de sus propias empresas y su propia locura especulativa” contribuyeron a profundizar las consecuencias de la crisis, nunca nada le hizo cambiar de parecer respecto al origen mismo de la crisis; es decir, “los impactos más destructivos contra la economía del país llegaron en 1931 procedentes del colapso financiero causado por la Gran Guerra entre los viejos regímenes despóticos de la Europa Central”.

Hoover supo ver pues, que en función de la interacción obligada de las economías nacionales entre sí, los acontecimientos ocurridos en lugares muchas veces distantes del propio país inevitablemente repercutían en muchos otros puntos del planeta (estimulando o dislocando a la economía nacional) y, en consecuencia, que las reacciones sociales no se hacían esperar. Subrayaba, por lo tanto, que “la estabilidad económica es la necesidad primaria de cualquier sistema y, de hecho, para la preservación de la libertad y la supervivencia de la propia civilización”.¹²

Lo que aparentemente no supo (no pudo o no quiso) ver es que el modelo del desarrollo liberal se basa explícitamente en los distintos niveles de progreso de las diversas economías nacionales, es decir, en la explotación, y que donde no existe esa desigualdad el propio sistema la fomenta, y una vez implantada la mantiene y agudiza hasta el punto en el que los contrastes propiciados por la concentración de la riqueza tienden a generar estallidos de violencia social.

¹² Herbert Hoover, *The Challenge to Liberty*, New York, ed. McGraw-Hill, 1935, p. 171.

Según Edgar E. Robinson y Vaughn D. Bornet:

Dos creencias animaban cualquier declaración o acción del presidente Hoover durante sus años en la Casa Blanca. Una de ellas era su natural devoción hacia la paz, la cual se había reafirmado en virtud de los horrores de la guerra que le tocó presenciar, y la otra era su creencia en la democracia americana y en la posibilidad de expandir sus prácticas económicas ya probadas más allá de las fronteras de los Estados Unidos.¹³

Incluso un análisis breve demuestra que, efectivamente, las acciones de Hoover en el plano de la política internacional eran coherentes con estas convicciones. Robinson y Bornet añaden que:

en consecuencia, puede decirse que Hoover creía en un trato justo entre las naciones como la mejor garantía de amistad y cooperación. Creía también en la guía de la ley establecida como elemento esencial de la justicia internacional. En caso de desacuerdos internacionales, el juicio razonado de un tribunal de arbitraje debía ser la solución.¹⁴

El corolario que no mencionan estos autores, pero que también se desprende del pensamiento de Hoover, es que había que “americanizar” al mundo; es decir, exportar los principios sobre los cuales se había edificado la sociedad estadounidense, los principios de la “libertad” y la “competencia individual”. Había pues que convencer al resto del mundo sobre las bondades naturales de este maravilloso sistema por la vía que fuese necesaria, sobre todo en el caso de los más reacios.

Hoover no era original en su intento. Ya otros antes que él habían tratado de hacerlo desde fines del siglo anterior al romperse el “tradicional” aislamiento de la política exterior del “coloso del Norte”, ruptura que algunos países latinoamericanos pudieron experimentar incluso un poco antes. La originalidad del pensamiento hooveriano (y su importancia para el desarrollo teórico de nuestra disciplina) radica más bien en cuanto a los medios para lograr la “homogeneización” universal. Sus armas eran el ejemplo y el comercio (aunque no necesariamente en ese orden) supuestamente fincados en un trato justo. En otras palabras, había que incorpo-

¹³ Robinson & Bornet, *op. cit.*, p. 98.

¹⁴ *Ibidem*, p. 99.

rar progresivamente al resto de las naciones a la dinámica del mercado de la libre empresa, que es el único capaz de garantizar por medio del estímulo individual, un nivel de plenitud en la producción de los bienes materiales requeridos por la sociedad, y cuya abundancia constituye el mejor freno al impulso belicoso del ser humano.

“El liberalismo”, decía Hoover, “ha sido continuo exponente de la paz entre las naciones. Es la mejor garantía para esa paz”. Repetía incansable el gran mito:

Las grandes democracias del mundo no se han hecho la guerra entre sí en el curso de los últimos 100 años. Sin embargo, este mismo lapso está manchado de sangre por la lucha de los regímenes despóticos entre sí y por la lucha de los gobiernos liberales que se defienden de los ataques de los regímenes despóticos. La propuesta más práctica en favor de la paz que jamás se haya hecho al mundo es la extensión del sistema de autogobierno (...). Si nuestra civilización ha de sobrevivir, tenemos que hacer prevalecer a las grandes causas de la paz la cooperación mundial en la vida económica. Estos objetivos inmensos para el bienestar de la humanidad sólo podrán prevalecer mediante la colaboración entre las naciones. No importa cuán grande sean los esfuerzos particulares de cualquier país por mejorar la suerte de sus habitantes; siempre se verán obstaculizados si se fincan sobre cualquier otro concepto.¹⁵

Paradójicamente, el ingeniero Hoover reconoce por un lado los efectos de la interacción de las economías nacionales entre sí; pero por otro, parece incapaz de distinguir que esa economía de la plenitud en Estados Unidos tenga cualquier conexión con la escasez y el desequilibrio de otras economías en diferentes latitudes del planeta. Para ellas recomienda como fórmula más segura de superar el rezago la implantación del modelo estadounidense en sus propias economías.

Seguramente que Hoover fue un individuo que actuaba de buena fe. Sus propios actos de política exterior así lo atestiguan; sin embargo, como señala David Burner:

había conflictos implícitos en los ambiciosos intentos de Hoover por aplicar su ética cuáquera a

los asuntos internacionales. Las acciones de apoyo en nombre de la buena vecindad internacional y los intentos por luchar contra la depresión chocaban de frente con una noción aislacionista fincada en la idea de servir exclusivamente como modelo para los demás países. Por otra parte, la llamada en favor de la ética internacional tampoco encajaba cómodamente con los objetivos de las empresas norteamericanas en el extranjero.¹⁶

En la visión hooveriana, el ideal de una sociedad internacional armoniosa, rica, consumista y equitativa es perfectamente alcanzable. Al parecer, el Ingeniero nunca se preguntó de qué magnitud tendrían que ser los recursos naturales de este planeta para sostenerle a la población mundial un estilo de vida como el estadounidense.

Aun cuando Hoover detestaba la noción misma de la “política del poder”, le tocó vivir una época que parecía testimoniar fehacientemente los postulados de esa doctrina. No obstante, él se mantuvo siempre fiel a la idea e ideal de un mundo en paz y armonía sobre la base de un gigantesco mercado, literalmente “del tamaño del mundo”. Ahora bien, ¿puede convertirse ese liberalismo hooveriano en un régimen imperante a nivel mundial? La incógnita vislumbrada por Herbert Hoover sigue vigente, y aunque la dinámica actual de la realidad internacional parecería sugerirnos que la respuesta es afirmativa, todavía nos queda por ver si es que esa ampliación del modelo a escala global va a convertirse en garantía efectiva, no sólo de plenitud productiva, sino de igualdad, justicia, progreso y todas las bondades que supuestamente deben acompañar a ese esquema. Después de todo, conviene recordar que ya antes de ser tan “ferozmente” atacado por todas esas tendencias “opresoras del hombre”, el liberalismo económico ya había tenido oportunidad de probarse como sistema social en Europa Occidental desde los albores mismos del siglo XIX y que muchos de los ataques que se le han hecho históricamente no son sino resultado de las insuficiencias que ha mostrado en cumplir sus promesas de paz, prosperidad y progreso, salvo para algunos cuantos. A la luz de las tendencias actuales, seguramente Hoover habría disfrutado enormemente de llegar a vivir hasta las postrimerías del casi agónico siglo XX tan sólo por seguir el curso de los acontecimientos en el

¹⁵ Hoover, *The Challenge to Liberty*, op. cit. p. 183.

¹⁶ David Burner, op. cit., p. 285.

mundo "globalizado" por el imperativo de las fuerzas del mercado. Aunque no deja uno de preguntarse si, efectivamente, como parece corroborar la experiencia, la historia del hombre tiende a repetirse cíclicamente, ¿será posible que ante la tozudez liberal nos aguarde en el futuro otro ciclo depresivo de la economía junto con su inevitable estallido social?, ¿no sugeriría acaso esa posibilidad la conveniencia de imprimir alguna racionalidad a las fuerzas "libres" del mercado?

Durante algún tiempo, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, algunos analistas políticos (sobre todo los herederos del sistema generado en la visión socio-política de Roosevelt y su "New Deal") llegaron a considerar a Hoover como el último representante de una especie en extinción: la de los liberales a ultranza que pretendían eliminar virtualmente toda participación gubernamental de los procesos productivos de la sociedad, y exportar a todos los rincones del planeta los ideales del libre comercio.

Hofstadter señala que hacia 1948 Hoover había sido víctima de su fe inquebrantable en el poder del capitalismo para sobrevivir y prosperar sin gigantescos puntales gubernamentales:

fue el último vocero presidencial de las sagradas doctrinas del liberalismo, del *laissez-faire*, y su partida de Washington marcó la decadencia de una gran tradición. Lo que arruinó su carrera pública no fue una falla repentina de su capacidad personal, sino el colapso del mundo que lo había producido y que había moldeado su filosofía.¹⁷

Efectivamente, todavía en 1942, en *The Problems of Lasting Peace*, Hoover presentaba medio centenar de fórmulas para el establecimiento de un orden económico internacional capaz de contener y evitar las guerras. En esas propuestas de marcado tono wilsoniano enfatizaba que una paz duradera sólo podría lograrse en el marco de una libertad económica que devolviera el comercio internacional a la libre empresa. En su visión, había que proyectar los principios del *American Individualism* y *The Challenge to Liberty* (comercio libre, empresa libre, mercados abiertos, oportunidades generalizadas, etcétera) a escala mundial.

Aunque para muchos autores estas ideas sonaban "rancias y añejas" en ese entonces, la dinámica contemporánea de las relaciones internacionales invita a una

reevaluación seria y detenida de esos postulados que hace medio siglo sonaban tan anticuados que ya se colocaban, evidentemente de manera anticipada, en el museo universal de las ideas, y que hoy en día parecen haber cobrado un vigor inusitado.

Con la virtual desaparición de la Unión Soviética parece también haberse extinguido el vigor del modelo para el desarrollo socioeconómico que ésta impulsaba. El tambaleo y posterior descrédito del paradigma en que se sustentaba el modelo soviético parecía implicar, *ipso facto*, el encumbramiento automático del credo liberal basado en los añejos ideales hooverianos. Por lo menos algunos de los supuestos de la tesis sobre el fin de la historia¹⁸ aparentan nutrirse de esta visión. No obstante, justamente a raíz del drama hooveriano, las optimistas promesas del orden neoliberal al cierre de nuestro inestable siglo llevan la ominosa huella del sonoro desastre que tan tristemente desacreditó a Hoover en las páginas de la historia.

También algunos de los proyectos para la regionalización de zonas económicas y la pretendida globalización de la economía internacional están inspirados en esta noción neoliberal. De ahí pues la importancia de reconsiderar a Hoover, de volver los ojos hacia la "impresionante" prosperidad de los años veinte, así como de las causas que efectivamente la generaron y que de paso llevaron a nuestro personaje a la presidencia de su país. Pero, al mismo tiempo, también sugiere la necesidad de observar de manera crítica para así no pasar por alto ni restar relevancia con pasividad anodina a la estruendosa "caída del sistema" en 1929; a ese tremendo colapso financiero que dejó largas secuelas tanto en el plano económico como político y social que incluso llevaron al ejército estadounidense bajo el mando de las posteriormente legendarias figuras de Eisenhower, McArthur y Patton a tener que actuar en contra de su propio pueblo.

De hecho, cabe recordar que según algunos analistas Estados Unidos no salió cabalmente de la recesión sino hasta la época de su ingreso a la Segunda Guerra Mundial, y en gran medida, precisamente gracias a ello.

A la luz de toda esta experiencia histórica, ¿no estaremos poniendo demasiado en juego al reabrir tan ampliamente las puertas a las promesas, hasta ahora incumplidas del liberalismo? ¿Tendremos que esperar, de nueva cuenta, hasta que el estallido de la violencia

¹⁸ Véase Francis Fukuyama, "The end of history?" en *The National Interest*, Summer 1991, p. 3.

¹⁷ Hofstadter, *op. cit.* p. 276.

nos haga abrir los ojos hacia el imperativo de una justicia social que hasta ahora se ha mostrado básicamente incompatible con el credo liberal?

Quizás a través del estudio de la historia podemos, en efecto, aprender lo suficiente como para tratar de evitar los errores del pasado; después de analizar las vicisitudes en la vida de Herbert Hoover conviene, por lo

menos, hacer notar que, el curso de los acontecimientos al inicio de la última década del siglo XX parecen sugerir que la visión dialéctica de un acontecer cíclico corresponde mejor con la realidad que aquel sueño decimonónico de una sucesión de hechos lineal y progresiva inexorablemente encaminada hacia un mundo mejor donde todos vivirán felices para siempre.